

El amor en tiempos de cólera La Santa Sede y los cristianos en peligro en Irak y Siria

Roberto Bosca
Universidad Austral

El inesperado renacimiento de la religiosidad en el escenario de la posmodernidad configura un proceso ciertamente ambiguo, pues en él se dibuja también la irrupción de una instrumentación de lo religioso de un modo que no se había pensado ni imaginado. El fundamentalismo, en efecto, viene demostrando un sostenido crecimiento en los últimos años, y los datos más recientes evidencian que su virulencia se está centrando en diversos puntos de la geografía mundial, especialmente sobre los cristianos, y aunque se trata de un fenómeno global, en este momento se localiza de modo particular en Medio Oriente. Una escalada de un grado de violencia superior al que hasta ahora habían mostrado solamente grupos como *Hezbollah*, *Hamas* y otros similares, en efecto, se ha visto superado con creces por el nuevo activismo primero de *Al Qaeda* y ahora de *Estado Islámico* (EI).

Los asistentes de un reciente encuentro convocado por el papa Francisco en el mismo Estado del Vaticano que reunió a los nuncios papales en Egipto, Israel-Palestina, Jordania, Irak, Irán, Líbano, Siria y Turquía, así como a los representantes de la Santa Sede ante la ONU y la UE, presididos por el cardenal secretario de Estado Pietro Parolin, hicieron oír su preocupación sobre este punto, promoviendo un llamado humanitario, en el sentido de que no es posible callar, ni la comunidad internacional puede quedarse inerte, ante una masacre de personas motivada sólo por su pertenencia religiosa o étnica, o ante las personas crucificadas en las plazas públicas, o ante el éxodo de miles de seres humanos y la destrucción de los lugares de culto.

En el texto de las conclusiones del coloquio, los participantes invitaron a superar un actitud muy frecuente en una cultura signada por la *globalización de la indiferencia* que se expresa concretamente en un acostumbamiento de la violencia (la referencia es a la región, pero ella la excede, pues se trata de un síndrome de abstencionismo social muy extendido en todo el mundo), y apuntaron a la necesidad de hacer todo lo posible para ayudar a las personas que están sufriendo, principalmente a las mujeres y niños de las zonas adonde ha llegado el terrorismo demencial (representado en el caso por el grupo *Estado Islámico*), que se ha traducido en múltiples violaciones de las normas básicas del derecho humanitario internacional; en abusos que “no pueden dejar a nadie indiferente”.

El documento de la Santa Sede recurrió no sólo a motivaciones de carácter moral y religioso sino incluso jurídico, al entender que en el caso son desatendidos principios fundamentales establecidos en los convenios internacionales. La alternativa pasa necesariamente, según lo expresado en la reunión vaticana, por detener al agresor injusto, en el respeto del derecho internacional, si bien los participantes estimaron que no se puede encomendar la resolución del problema solo a la respuesta militar, sino que éste debe ser afrontado más profundamente a partir de las causas que lo originan y que son aprovechadas por la ideología fundamentalista.

La Santa Sede formula un llamado concreto a los líderes religiosos cristianos y musulmanes a desempeñar un papel responsable en la cuestión, colaborando para favorecer el diálogo y la educación en la recíproca comprensión, y denunciando claramente la instrumentalización de la religión para justificar la violencia, como tantas veces ha sucedido lo largo de la historia. Es ésta precisamente la actitud constitutiva de la enfermedad del fundamentalismo.

Es verdad que las religiones han sido una fuente de violencia en el pasado, y a menudo ellas han sido instrumentadas como un resorte del poder, pero también pueden ser un extraordinario factor para conjurarla y constituirse en verdaderas artífices de la paz, porque en todo mensaje estrictamente religioso no hay violencia sino auténtica paz.

Esta es una tarea urgente para nosotros hoy, en las puertas de una situación que coloca a la humanidad ante una posible o virtual Tercera Guerra Mundial que no sabemos si se va a desencadenar. Sin embargo, sabemos que esta alternativa goza en cambio debido a las condiciones existentes de un apreciable grado de probabilidad.

Asistimos hoy, sobre todo en las sociedades secularizadas del mundo occidental, a una nueva forma de miedo, el miedo a lo religioso, mejor dicho una suerte de evanescente, vago y oscuro temor a que la manipulación de lo religioso por parte de individuos y grupos de poder pueda dar lugar a nuevas formas de totalitarismo.

Como resultado de esta estrategia social de sospecha sobre lo religioso de cuño relativista que se sirve del fundamentalismo para cuestionar a la religión en sí misma, las religiones pueden empezar a ser injustamente amenazadas como el enemigo del pueblo.

El comunicado de la reunión vaticana recuerda además que los cristianos están en la región desde hace 2000 años, y que ellos contribuyen al bien de las sociedades de la región en las que se encuentran insertados plenamente, y donde ejercen un rol fundamental como operadores de paz, de reconciliación y de desarrollo.

EI representa en nuestro tiempo la emergencia de un grupo terrorista abruptamente insurgente, de naturaleza yihadista suní, autoproclamado califato, y hoy ya asentado en un amplio territorio de Irak y Siria. Es la nueva y más cruenta expresión del fundamentalismo islámico en la actualidad. El miedo y la política siempre han ido del brazo y tampoco es un dato ajeno a la religión. Se trata de un terror sagrado, donde lo religioso sufre la corrupción del factor político. Los métodos de EI se caracterizan por una vuelta de tuerca en la perversidad del mal infligido al enemigo, que adquiere una teatralización bien concreta en la regla de todo terrorismo que es aterrorizar mediante la publicidad de un gesto de poder, en el entendimiento de que mientras más cruel sea, más efectivo será el resultado.

El papa Francisco tiene la mirada permanentemente puesta en Medio Oriente. Allí peregrinó como un signo de paz y convivencia intercultural e interreligiosa acompañado de su amigo Omar Abboud, musulmán, y de su no menos entrañable amigo Abraham Skorka, judío, los tres abrazados en una unión de alto valor simbólico.

Después de terminar la primera parte del Sínodo de la Familia, el papa volvió en un consistorio sobre la brasa ardiente de la región. En esta ocasión el papa se dirigió al colegio cardenalicio compartiendo el deseo de paz y de estabilidad en Oriente Medio y la voluntad de favorecer la resolución de los conflictos a través de diálogo, la reconciliación y el empeño político.

Según el papa Francisco, se ha perdido la conciencia del valor de la vida humana, y la persona y el reconocimiento de su dignidad no cuentan en cuanto tal al punto de que se la puede sacrificar por otros intereses, y todo esto, lamentablemente, ante la indiferencia de tantos.

El califato islámico ha declarado que la marcha triunfante del colectivo *mujaheddin* llegará hasta Roma. El fundamentalismo terrorista despliega su influencia con prisa y sin pausa y le han declarado obediencia prosélitos del Islam de Egipto, Arabia Saudita, Yemen, Argelia y Libia (situada frente a Italia), y el movimiento *Boko Haram* ha extendido el califato en Nigeria y Camerún, involucrando en su expansión el África Subsahariana. Pero también se producen alistamientos en Europa y aun en Estados Unidos.

El observador permanente de la Santa Sede ante la Organización de las Naciones Unidas (ONU), el arzobispo Bernardito Aúza, expuso, el 13 de octubre pasado, en la 69 sesión de la Asamblea General, la posición de la Santa Sede sobre cómo definir el 'estado de derecho'.

La Santa Sede pidió además implementar el marco jurídico internacional sobre la responsabilidad común de proteger a las personas contra toda forma de agresión injusta, en particular ante la vista del despiadado y feroz terrorismo internacional y cuando los Estados no logran proteger a su población y por lo tanto necesitan del apoyo multilateral para hacerlo.

Hace un poco más de cuatro años el papa Benedicto convocó a un sínodo de obispos de la región mediorienta y como fruto pastoral de esa reunión él escribió posteriormente una exhortación apostólica que se llama *Ecclesia in Medio Oriente*. Allí el pontífice trata sobre la libertad religiosa y se sitúa en diálogo con los judíos y los musulmanes, diciendo que los primeros, que han sufrido desde hace mucho tiempo hostilidades, con frecuencia mortales, no pueden olvidar los beneficios de la libertad religiosa.

El papa Francisco se sitúa ahora a un estadio más grave de esta misma historia. Se enfrenta a una actualidad que parece continuar una secuencia de genocidios como la *Shoah*, pero también al *Netz Yeguérn*, el Gran Mal, el primer genocidio del siglo XX sufrido por los armenios otomanos pero también por los cristianos sirios y caldeos, al *Holodomor*, la matanza de ucranianos.

Francisco ha comenzado un camino que parece signado con el título de un libro de memorias del cardenal Casaroli que se llama *Il martirio della pazienza*. En ambientes integristas cristianos de signo más radical se ha comenzado a acusar al papa de promover el *Crislam* que consistiría, según propias palabras, en la unificación del sistema católico romano de la Santa Sede con el islam. En el otro extremo, aumentan las previsiones de un ataque directo al Vaticano y a la propia persona del papa a partir de la amenaza de la revista *Dabiq* del Estado Islámico cuyo amenazante mensaje declara: "Conquistaremos Roma, quebraremos sus cruces y esclavizaremos a sus mujeres con el permiso de Alá, el Exaltado. Esta es su promesa para nosotros".

Pero para construir la paz, ha dicho el pontífice, se requiere coraje, mucho más que para hacer la guerra. Aunque no ha comentado este punto, el papa sabe de qué habla. La paz es difícil de construir, reconoció en una reciente alocución en Piazza San Pietro, pero también vivir sin paz es un tormento.

Francisco aspira a promover una movilización internacional, ya ha comenzado a hacerla con motivo de la guerra siria, en primer lugar en los fieles cristianos, hecha de sacrificios y de rezos, pero también de un empeño firme, paciente y sostenido por trazar instituciones que la hagan posible y duradera, que brinden fundamentos jurídicos a los acuerdos justos que sustenten una cultura del encuentro.

.Lo que tenemos ante nuestros ojos, entonces, aunque lo religioso aparezca en primer plano, no es un conflicto de religiones pero tampoco es un conflicto de religiosos. Es un conflicto entre fundamentalistas y entre fundamentalistas y quienes no lo son. El corazón del fundamentalismo, lo recuerdo una vez más, es una cuestión de poder donde lo religioso es puesto al servicio de ese núcleo, entonces no se puede atribuir a la religión un elemento del cual ella misma no es agente sino que es la primera víctima. Pero la religión está llamada a cumplir un papel fundamental en este proceso.

Hoy las miradas de todo el mundo están puestas más que nunca en la Santa Sede y en la figura del pontífice argentino. No se olvida que el papa Francisco ha recogido de la experiencia argentina el valor de una convivencia histórica entre judaísmo, cristianismo e islam que puede ser ejemplar para un mundo dividido y crecientemente sumergido en la violencia fundamentalista.